

Deberes con los amigos. Inutilidad de los sofismas

A propósito de una consulta que le hace Lucilio, Séneca defiende que entre amigos no puede haber conflicto, y puesto que existe un derecho común entre los hombres, éste fomentará lógicamente la asociación de la amistad (1-3). Tales enseñanzas debieran dar los grandes doctores y no perderse en sutilezas. Como ejemplo de éstas, aduce el filósofo un par de silogismos capciosos y falsos (4-6). Frente a tales bagatelas, la filosofía nos promete el consejo, llevar la salvación a los que necesitan y piden ayuda (7-8). Ella enseña lo que la naturaleza reclama para la vida feliz; nos augura que seremos iguales a Dios. No perdamos, pues, el tiempo en ocupaciones superfluas (9-12).

A la epístola que me enviaste durante tu viaje, tan larga como fue el mismo viaje, contestaré más adelante. Debo retirarme y considerar el consejo que he de darte, pues también tú, que me pides consejo, reflexionaste largo tiempo si debías consultarme. Cuánto más he de hacerlo yo, toda vez que se necesita mayor espacio de tiempo para solucionar un problema que para plantearlo, sobre todo cuando no coincide tu interés con el mío.

¿Es que de nuevo me expreso como un epicúreo? En realidad a mí me interesa lo propio que a ti: pues no soy tu amigo si no considero como propio todo negocio referente a ti. Una comunicación de todos los bienes entre nosotros la realiza la amistad. Ni existe prosperidad ni adversidad para cada uno por separado: vivimos en comunión. No puede vivir felizmente aquel que sólo se contempla a sí mismo, que lo refiere todo a su propio provecho: has de vivir para el prójimo, si quieres vivir para ti.

Si cultivamos puntual y religiosamente esta solidaridad que asocia a los hombres entre sí y ratifica la existencia de un derecho común del género humano,

contribuimos a la vez muchísimo a potenciar esa comunidad más íntima, de que te hablaba, que es la amistad. Lo tendrá todo en común con el amigo quien tiene mucho de común con el hombre.

Esto es, Lucilio, tú, el mejor de los hombres, lo que quiero que esos sutiles maestros me enseñen antes que nada: mis deberes para con el amigo, para con el hombre, más que las diversas formas con que expresar el concepto de «amigo» y los muchos significados que puede tener el de «hombre». Ahí verás cómo la sabiduría y la necedad siguen rumbos opuestos. ¿A cuál de ellas me dirijo?, ¿a cuál de los dos bandos ordenas que me adhiera? Para aquél el hombre es como un amigo, para éste el amigo no es siquiera como un hombre; aquél se dispone un amigo para sí, éste se dispone a sí mismo para el amigo. Y tú me retuerces el sentido de las palabras y me desmontas las sílabas.

Es evidente que si no sé componer silogismos muy sutiles y, con falsa ilación, inferir una mentira partiendo de la verdad, no podré discernir lo aborrecible de lo deseable. Me da vergüenza que en asunto tan serio nosotros, los viejos, nos chanceemos.

«*Mur* es una sílaba; es así que el *mur* roe el queso, luego una sílaba roe el queso». Piensa por un momento que no soy capaz de resolver semejante falacia; a causa de esa incapacidad, ¿qué peligro me amenaza?, ¿qué perjuicio? Es cosa de temer, sin duda, que, eventualmente, con la ratonera atrape yo unas sílabas o que, eventualmente, por ser demasiado negligente, un libro devore el queso. A no ser que resulte más agudo este argumento: «*Mur* es una sílaba; es así que una sílaba no roe el queso, luego un *mur* no roe el queso».

¡Oh pueriles bagatelas! ¿Para esto fruncimos el ceño?, ¿para esto dejamos crecer la barba?, ¿es esto lo que, entristecidos y pálidos, enseñamos? ¿Quieres saber qué es lo que promete la filosofía al género humano? El consejo. A uno la muerte le reclama, a otro la pobreza le consume, a otro es el dinero ajeno o el suyo

propio el que le tortura; aquél ante la mala fortuna se horroriza, éste desea sustraerse a su propia felicidad; a éste le tratan mal los hombres, a aquél los dioses.

¿Por qué me preparas tales diversiones? No es el momento de jugar. Se te ha llamado en defensa de los desgraciados. A los náufragos, a los cautivos, a los enfermos, a los necesitados, a los reos, cuya cabeza está expuesta a los golpes del hacha, prometiste deparar tu auxilio. ¿Hacia dónde te desvías?, ¿qué estás haciendo? Ése con quien te diviertes, está asustado: socórrele, rompiendo toda atadura de su indecisión a causa del miedo. Todos tienden, por todas partes, las manos hacia ti; para su desdichada vida, abocada a la ruina, te imploran una ayuda; su esperanza y sus riquezas penden de ti. Te ruegan que les saques de una perturbación tan grande, que, dispersos y extraviados, les muestres la luz radiante de la verdad.

Enséñales aquello que la naturaleza hizo necesario y aquello que hizo superfluo, cuán suaves son las leyes que estableció, cuán agradable es la vida, cuán fácil para quienes observan las leyes y cuán amarga y complicada la de quienes se confiaron a la opinión más que a la naturaleza. (Admitiría que vuestros entretenidos sofismas fuesen eficaces para aligerar los males de éstos), si antes les hubieras mostrado en qué cuantía les habían de aliviar. ¿Cuál de esas argucias suprime las pasiones?, ¿cuál las modera? ¡Ojalá que sólo fuesen ineficaces! Perjudican. Te dejaré muy claro, cuando lo desees, este extremo: que un noble talento se quebranta y debilita entregado a tales sutilezas.

Me da vergüenza decir qué armas suministran a quienes van a combatir contra la fortuna, qué clase de instrucción les procuran. ¿Por aquí se llega al sumo bien? ¿Es a través de ese razonamiento filosófico del «supuesto que, supuesto que no», y de las cláusulas restrictivas, viles e infamantes aun para los que actúan recurriendo a la tabla de los edictos?. De hecho ¿qué otra cosa hacéis, cuando a

sabiendas inducís a engaño al que interrogáis, que darle a entender que perdió por defecto de forma?. Mas al igual que el pretor lo hace con los litigantes, así también la filosofía con éstos: los restablece en plenitud de derechos.

¿Por qué rompéis con vuestras grandes promesas y después de haber manifestado con altisonantes frases que, como resultado de vuestra actuación, ni el brillo del oro ni tampoco el de la espada deslumbrarían mis ojos, que con una firme constancia pisotearía lo que todos anhelan, lo que todos temen, os rebajáis ahora a los rudimentos de la gramática? ¿Qué es lo que decís?

¿Así se dirige uno hacia las estrellas?.

Porque es ésta la promesa que me hace la filosofía: hacerme igual a Dios. Para esto me ha invitado, para esto he venido. Mantén la palabra.

Por lo tanto, querido Lucilio, aléjate cuanto puedas de estas restricciones y fórmulas evasivas de los filósofos: la transparencia y la sencillez dicen bien con la bondad. Aun cuando nos quedase una larga vida habría que administrarla con sobriedad para que cubriese las necesidades. De hecho, ¡qué locura supone aprender lo superfluo, siendo el tiempo tan escaso!